

EL

MUNDO

nuestro
escenario

por Alfonso Reyes

ACEPTAS, lector, una charla sin conclusiones, vicio que puede adquirirse —y justificarse— en algunos diálogos de Platón? También allí puede adquirirse el gusto por rondar a veces la filosofía en términos comunes y usando las palabras con que hablan entre sí los vecinos. Pues, si lo aceptas, abre los ojos y empieza a leer.

El Mundo de que vamos a hablar, y al que sólo por esta vez saludaremos con el homenaje de la mayúscula, no es ninguno de los mundos particulares, sino que a todos los abarca. No es, pues, aquel enemigo del alma que colabora, para nuestra ruina, con el Demonio y la Carne. Porque es las tres cosas y muchas otras más, y el diminuto accidente de nuestra posible perdición carece de valor ante esta grandeza.

Nuestro mundo tampoco es ese camino de accidentes sentimentales que, propuestos al trato humano como en carrera de obstáculos, autorizan a declarar que Fulano "carece de mundo" porque se derrama el té en la camisa, defiende con excesivo calor sus opiniones o se indigna demasiado cuando descubre que su ingrata lo engaña. No es el mundo cuyas peripecias hacen decir a Espronceda: "mal anda el mundo", o a Miguel de los Santos Alvarez: "bueno es el mundo"; o a Gracián, que "la mitad del mundo se está riendo de la otra mitad, con necesidad de todos"; o a fray Diego de Estella, que "si el mundo con el cuchillo de la verdad fuese abierto, sería visto ser falso y vano"; o a Calderón, en arresto de entereza moral:

Pequeño mundo soy, y en esto fundo
que, en ser señor de mí, lo soy del mundo.

No, todo esto es el mundo de los empeños humanos, y el mundo que ahora nos importa es esto y, mucho más; tanto, que su contemplación nos hace olvidar completamente los afanes mundanos.

Siguiendo una tradición retórica de su tiempo, que consistía en describir pinturas y estatuas imaginarias, Longo, al comienzo de su novela *Dafnis y Cloe*, nos cuenta que, andando de cacería por Lesbos, descubrió, en un bosquecillo consagrado a las Ninfas, cierto cuadro que representaba un gentío entregado a juegos, amores y combates. Lo propio se ve en algunas tablas primitivas y en grabados populares que figuran parques y plazas. Como en el "Juan Pirulero", cada cual atiende a su juego. Unos contemplan el cielo; otros, el suelo. Estos se acuchillan, aquellos danzan. Quiénes trafican con mercaderías diversas, quiénes cabalgan. En el recién descubierto fresco de Tepantitla (Teotihuacán) imagen del paraíso terrenal entre los antiguos mexicanos, hay nadadores y bañistas; personajes que cortan flores, descansan bajo los árboles o comen cañas de maíz; bailarinas y jugadores de pelota; cazadores de mariposas que saltan por entre las rocas de jade; y hasta hay uno que derrama lágrimas de gratitud y entona un himno a Tláloc por haber merecido el acceso al lugar de tantas delicias. (Notese, de paso, que, entre todos ellos, en el cuadro del paraíso mexicano, falta implacablemente el amor). Pues bien, si juntáramos cuanto hacen, dicen, piensan e imaginan todas esas muchedumbres que bien podemos llamar la humanidad, todavía no lograríamos hacinar sino una parte muy modesta del mundo.

Nuestro mundo —el mundo de que ahora hablamos, el Cosmos, el mejor, el Cosmos y el Caos en uno— ni siquiera necesita ser verdadero, pues lo mismo abarca la verdad como la mentira, la realidad más cotidiana y casera como la fantasía más arrebatada. Y si pudiéramos contemplarlo desde afuera, igual nos daría que sólo hubiera existido ayer o sólo hubiera de aparecer mañana. Igual que, en vez de uno, hubiera muchos mundos a un tiempo, como tal vez lo creyeron los atomistas y aquel pitagórico Petróon que ponía ochenta y tres mundos ordenados en triángulo. Porque nuestro mundo a todos los comprendería en su seno. Igual sería que estuviese condenado a desaparecer y a reaparecer en ciclos sucesivos, o sea a resolverse en retorno eterno como lo creyeron varios filósofos presocráticos, lo repitieron los estoicos y lo soñó Nietzsche. Porque nuestro mundo ni dejaría de ser el mundo por sólo existir a pulsaciones.

En fin, que nuestro mundo —el mundo de que ahora hablamos— podría definirse como la suma de todos los órdenes de cosas posibles: el orden real y el irreal, el natural y el sobrenatural, el material y el espiritual, el del conocimiento y el de la fantasía, el visible y el invisible, el humano y el extrahumano. Es decir: todo lo que existe, y de cualquier modo que exista: en la teoría o en la práctica, en la verdad o en la mentira, en el bien o en el mal, belleza o fealdad, pena o gozo. Esto se dice en un santiamén, pero se explica muy despacio. Maese Perogrullo ¿no nos habrá metido en camisas de once varas, como acostumbra?

En efecto, ¿qué entendemos por existir y por diferentes modos de existir? ¿Existen lo mismo o en igual sentido el Creador y las criaturas? ¿O la Isla Encantada de los Poetas? ¿O la ocurrencia que acabo de tener y que me hace sonreír a solas? ¿O la proposición matemática que no corresponde a ninguna realidad física y que, a pesar de eso, produce consecuencias exactas? ¿Y es la existencia un primer paso que por sí solo se mueve, o necesita de un impulso o principio anterior, que está en la esencia? ¿Y cómo se desprenden ambas de la nada, en qué proporción la admitten a manera de condimento? Porque estas tremendas lucubraciones llenan la historia de la teología y la filosofía. Por suerte, a nuestro propósito en nada afectan tan sutiles distingos. Aquí aceptamos a la vez todas las posturas del problema, todos los asertos y todas las contradicciones a un tiempo. Perros y gatos en un costal, que algo queda. Como dice a sus jinetes el sargento instructor:

Aquí lo enseñamos todo,
no es como en infantería.

El mundo es un escenario, pero es también una segunda persona. No es un tú frente al yo, porque tanto como hablaremos de tú con el mundo nunca lo lograremos; pero es un no-yo frente al yo. El tú lo reservamos para lo que más se nos parece en el mundo, para cada uno de los otros "yoes", y éstos de cierto modo filosófico los mezclamos con el propio yo. El mundo comprende al hombre, es su morada, es su estuche. Pero es legítimo poner al hombre aquí y al mundo allá, a la manera de una ventana frente a un paisaje. La ventana del hombre sobre el espectáculo del mundo —y también sobre su propio ser que, en buena parte, se le deshace en el mundo— es el yo mismo.

El hombre es un punto de vista, y el mundo, una perspectiva humana, una imagen o representación operada en el hombre. Esto quiso afirmar Protágoras con su célebre proposición: "El hombre es la medida de todas las cosas". Aunque de aquí se han querido sacar conclusiones exageradas e irracionales. Esta relatividad del punto de vista no niega la realidad de las cosas, al contrario. Pues sólo se ve de cierto modo o desde cierto punto de vista lo que existe.

Aquí nos referimos de modo general a la representación del mundo según el hombre, y no según cada persona particular. El viejo y el niño, el pobre y el rico, no ven con el mismo ánimo la vida, ya se sabe. Cada uno habla de la feria según le fue en ella. La Roma del acomodado Plinio el Mozo contrasta con la del amargo Juvenal. Pero nos importa el mínimo y común denominador. Mucho menos tomaremos aquí en cuenta el humor diferente con que puede uno despertar cada día y que altera el sabor del mundo. Pero seguramente que el cristal de los ojos humanos tiene una refracción media, semejante en todos los hombres y en todos los momentos, y que para ninguno filtra el espectáculo, digamos, como los ojos polifacitados de la mosca, sino de una manera que todos reconocemos como humana. Y en este sentido solamente, desde este reducto de relativismo antropológico —y no porque neguemos que haya, dentro ya de lo humano, una verdad y una mentira— aceptamos con el poeta, pero sin perturbarnos por ello, que

todo es según el color
del cristal con que se mira.

El hombre sospecha que, en todas las cosas —a pesar del ingenuo Aquiles que exigía la sinceridad absoluta, como corresponde a su naturaleza heroica, esculpida a hachazos— uno es lo que dice la cara y otro lo que dice el corazón. Y el hombre se acerca al esclarecimiento movido por dos incentivos: el interés, padre de la industria, y la curiosidad, madre de la filosofía. Por la industria, va descubriendo los disimulos de las cosas y poniendo a contribución el tesoro que esconden todas en su seno. Respecto a la filosofía... Las primeras suposiciones sobre el mundo no se distinguen gran cosa de los chismorreos a propósito de una familia recién llegada al barrio. Las arcaicas cosmogonías, mitologías, supersticiones, prácticas rituales, toda la antropología primitiva en suma, se reducen a cuentos de vecindad. Y la filosofía sigue siendo un hábito de meter las narices en los negocios privados del mundo. Su personaje simbólico pudiera ser aquel filósofo cínico de la Antigüedad, Crates el Tebano, a quien apodaron algo así como "el violador de cerrojos" o "el entrometido", porque en todas partes se colaba para averiguar vidas ajenas y dar consejos espontáneos.